



Libro, María Fernanda. "Comunidades del afuera en *Iluminación artificial*, de Cristófer Vargas Cayul".
Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades, marzo de 2025, vol. 14, n° 33, pp. 105-116.

Comunidades del afuera en *Iluminación artificial*, de Cristófer Vargas Cayul

Outdoor Communities in *Iluminación artificial*, by Cristófer Vargas Cayul

María Fernanda Libro¹

ORCID: 0009-0005-3171-3497

Recibido: 31/10/2023 || Aprobado: 20/11/2024 || Publicado: 21/03/2025
ARK CAICYT : <https://id.caicyt.gov.ar/ark:/s23139676/avxr3lxza>

Resumen

Este artículo aborda la novela *Iluminación artificial* (2021), del escritor novel Cristófer Vargas Cayul (Santiago, 1993). Parte de una generación de escritores que transitó su infancia en la etapa de radicalización de las políticas neoliberales de los años noventa en Chile, Vargas Cayul sitúa su novela en la periferia suburbana santiaguina – aquella zona liminal en la que confluyen diversas poblaciones desterritorializadas de sus comunidades de origen– ensombrecida por la atmósfera apocalíptica del fin del milenio. Espacio común a cierta escritura mapuche contemporánea (Aniñir; Milanca Olivares; Catrileo, *Piñen y Chilco*; Coñuecar, 2018; Huenún, *Puerto Trakl y Reducciones*), la toma representa el destino final tanto para aquellas subjetividades expulsadas de la ciudadanía nacional, como para las subjetividades mapuche vedadas de la comunidad ancestral –el lof–. Este trabajo indaga en los modos de agrupamiento que la obra de Vargas Cayul propone a partir de los desplazamientos forzados escenificados en su novela: la pregunta que emerge ante esta indagación es qué tipo de comunidad conforman las subjetividades representadas allí, una vez que sus comunidades originales (sean estas la etnia, la clase o la nación) ya no las contienen. El artículo retoma, así, problematizaciones teóricas abordadas en trabajos anteriores en relación a la escritura mapuche (Libro, "Comunidades desenclaustradas", "Epew, xampurria",

Abstract

This article discusses the novel *Iluminación artificial* (2021), by first-time writer Cristófer Vargas Cayul (Santiago, 1993). Part of a generation of writers who spent their childhood during the radicalisation of neoliberal policies in Chile in the 1990s, Vargas Cayul's novel is set in the suburban periphery of Santiago - that liminal zone where diverse populations, deterritorialised from their communities of origin, converge - overshadowed by the apocalyptic atmosphere of the end of the millennium. A space common to some contemporary Mapuche writing (Aniñir; Milanca Olivares; Catrileo, 2021 and 2024; Coñuecar; Huenún, 2001 and 2012), the "toma" represents the final destiny both for those subjectivities expelled from national citizenship and for Mapuche subjectivities banned from the ancestral community - the lof. This paper investigates the modes of grouping that Vargas Cayul's work proposes on the basis of the forced displacements staged in his novel: the question that emerges in this enquiry is what kind of community the subjectivities represented therein make up, once their original communities (be they ethnicity, class or nation) no longer contain them. The article thus takes up theoretical problematisations addressed in previous works in relation to Mapuche writing (Libro, 2019, 2021, 2024), linking them now to a novel that does not necessarily fit

¹ Doctora en Letras por la Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba (FFyH, UNC). Realiza investigaciones en torno a las escrituras mapuche contemporáneas desde hace más de una década. En 2021 defendió su tesis doctoral, titulada *Poesía mapuche contemporánea: identidad, comunidad y cuerpo* (e-book FFyH, UNC). Integra, desde 2011, equipos de investigación dedicados al estudio de las literaturas latinoamericanas. Actualmente es becaria posdoctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), investigación radicada en el Instituto de Humanidades (IdH, FFyH, UNC). Contacto: fernandalibro@gmail.com



Poesía mapuche contemporánea), vinculándolas ahora a una novela que no necesariamente se integra a lo que la crítica especializada incluye en dicho constructo nominal.

in with what specialised critics include in this nominal construct.

Palabras clave

Comunidad; inmunidad; neoliberalismo; desterritorialización; precaridad;

Keywords

Community; immunity; neoliberalism; deterritorialisation; precariousness.

La comunidad de los que están solos

La primera novela de Cristófer Vargas Cayul, *Iluminación artificial* (2021), se sitúa en un Chile de transiciones (el cambio de siglo y de milenio) y continuidades (la modernización neoliberal iniciada durante el régimen pinochetista). Impregnada de una atmósfera de “fin de mundo”, el ambiente finisecular oscila entre la representación nostálgica (evocación de objetos y pequeños mundos de la infancia vivida durante los años noventa) y el registro despojado –casi aséptico– de un narrador de trece años que ya ha vivido demasiado.

En los personajes principales de la novela se superponen orfandades múltiples: abandonados desde siempre por un padre “pastabasero”² e “inútil” (75) y una madre que se fue a trabajar al puerto y “[p]refirió quedarse allá y llamar de vez en cuando” (13), el narrador y el Gabito, su hermano menor, se encuentran al cuidado de “la mami”, la abuela mapuche a la que llaman así por haber ocupado desde entonces el lugar del amparo y la protección. La mami es quien representa la primera capa de orfandad de esta genealogía de solos: nacida en Temuco en 1932, de madre machi y huérfana de padre, fue entregada de niña a “trabajar apatronada, cocinando, barriendo y criando niños de su edad” (58). Arrancada del mundo mapuche como de la infancia, y arrojada para siempre a una adultez en la que sólo se sobrevive, la mami “cortó con su apellido apenas la trajeron a Santiago” (88) y escondió en el fondo de su adentro lo que apenas llegó a conocer allá, en el campo, cuando niña, antes de huérfana.³ Tenía para sí que los sueños se usan para sanar y que las plantas tienen capacidades curativas: herencias trucas de algo alguna vez oído y visto, que nunca llegó a hacer cuerpo del todo. La maternidad abrió un paréntesis en su soledad atávica, que se cerró con la partida de su hija y la muerte de su hijo Fernando.

El accidente que terminó con la vida del tío Fernando arroja a estos tres personajes a un afuera del que ya no habrá retorno: obligados a desalojar la casa que él pagaba, su muerte marca más que los abandonos previos y cala hondo en la subjetividad de un narrador a medio camino entre la niñez y la adultez forzada: “Me quedé con una sensación de impotencia, como si fuera un tronco partido de un hachazo que se deja a medio cortar para que el tiempo haga el trabajo” (12). Expulsados a ese tiempo de la consumación y a una intemperie que derivará en unirse a la toma, parten junto al Rusio, un gato raquítrico y abandonado por su madre por tener “la cola chueca” (16) que trasladarán junto con la mudanza. Como la mami, privado de figuras parentales de referencia, el narrador se tensiona entre ser “ahora el hombre de la casa” (16), como le dijo el hombre que les acercó café la primera noche que pasaron en la toma; y ser un niño que mira el crecimiento de la toma como si fueran soldados del *Age of Empire* construyendo “una nueva civilización” (19).

² Se trata de un neologismo que alude al consumo de pasta base por parte del padre del narrador.

³ Resuenan aquí los versos del poema “Testimonio” con el que Jaime Huenún cierra el poemario *Reducciones*. Allí se leen: “seguiremos escribiendo sobre abuelas, Salazar/ (...) las abuelas tienen carne agazapada, Salazar,/ epitelios ocultos nunca dados al placer,/ una lengua en el fondo de la lengua/ que ahora todos le quieren afanar”. (164) Se trata de procesos de pérdida de la lengua originaria en tanto elemento comunalizador –entre otros elementos de la identidad étnica–, a los que se han dedicado en profundidad Lucía Golluscio (2006).

La toma es, ante los ojos del narrador, “un peladero” (17), un páramo hecho de cerros de basura y flanqueado por la cordillera. Quienes ocupan ese terreno se han desfondado de todo entramado social capaz de contenerlos: familias transidas por la desocupación y los desalojos sucesivos, caídos del mapa de la ciudadanía; trabajadores informales o desocupados crónicos (esa “cesantía incesante”, que sufren los personajes de Milanca Olivares (15) sin siquiera un patrón que los explote y ante quien reclamar derechos laborales.

Arrumados en un erial al que llegaron acarreado bártulos desvencijados e inútiles, estos pobladores del afuera levantaron casas con los restos de otras casas: retazos de chapas, pedazos de planchas de cartón prensado, nylon y ladrillos que sostienen nylon sobre chapa para evitar goteras y la voladura del techo. Vedados para siempre de cualquier forma de Estado de bienestar; nacidos del desengaño de la ilusión de progreso y de movilidad social ascendente, los personajes de la toma habitan esa “precaridad inducida” a la que refiere Judith Butler.⁴ Estas vidas signadas por la precaridad, constituyen ese tipo de poblaciones que, en palabras de Butler,

adolecen de falta de redes de apoyo sociales y económicas y están diferencialmente más expuestas a los daños, la violencia y la muerte. Tales poblaciones se hallan en grave peligro de enfermedad, pobreza, hambre, desplazamiento y exposición a la violencia sin ninguna protección. La precaridad también caracteriza una condición políticamente inducida de la precariedad, que se maximiza para las poblaciones expuestas a la violencia estatal arbitraria que, a menudo, no tienen otra opción que la de apelar al Estado mismo contra el que necesitan protección. En otras palabras, apelan al Estado en busca de protección, pero el Estado es, precisamente, aquello contra lo que necesitan protegerse (46-47).

Las escenas de la novela están marcadas por la presencia o la ausencia de luz, una luz que “va y viene” (44). El accidente del Danilo, el electricista que hacía las conexiones de cada casa nueva que se levantaba y que dejó como recuerdo indeleble el “olor a pelos quemados” pegado “entre la nariz y el cerebro” (22) de los niños de la toma, desata en el narrador una reflexión que resume el cúmulo de privaciones de las que son objeto. En la toma están “colgados” de la luz de las casas grandes: penden de un cable tendido ilegalmente desde el adentro (de la ciudad, de la civilidad) hacia el afuera. La toma no debe iluminarse porque, precisamente, corresponde a lo externo: evidenciando los regímenes de visibilidad de la ciudad neoliberal, la privación de luz tiene menos que ver con los alcances del desarrollo urbanístico que con el límite entre la ciudadanía y esa otredad sin categoría. Esta “espacialidad opaca y ciega que no figura en el régimen de visibilidad y de enunciación del neoliberalismo” (180), como analiza en relación al espacio de la villa Fermín Rodríguez, debe permanecer a oscuras. Las manifestaciones de la mami y los vecinos frente a Serviu⁵ y Chilectra⁶ persiguen el objetivo inútil de legitimar la toma, “como si eso pudiera ser posible” (25), concluye el narrador. Cuando no están “colgados”, la oscuridad lo cubre todo en noches que duran más de doce horas: “Así vivimos, agarrándonos a los bordes, raspándonos las canillas con los muebles” (44). Las fogatas que mojonan el pasaje son la evidencia de estos intentos fallidos de organicidad, de incorporación a la fuerza a una

⁴ Se refiere aquí a la distinción propuesta por la filósofa según la cual la “precariedad” designa una condición compartida e implicada en el hecho de vivir socialmente –por lo que, postula, nuestra vida está “siempre, en cierto sentido, en mano de otro” (30)–, mientras que la “precaridad” refiere a “la condición políticamente inducida que negaría una igual exposición mediante una distribución radicalmente desigual de la riqueza y unas maneras diferenciales de exponer a ciertas poblaciones conceptualizadas desde el punto de vista racial y nacional, a una mayor violencia” (50).

⁵ Servicio de Vivienda y Urbanización de Chile.

⁶ Empresa de energía eléctrica de Chile.

vida social que iterativamente corta con ellos, que desconoce cualquier forma de pertenencia común y los expulsa:

Pero es difícil que las cartas lleguen a su destino. El papel se deshace en las carteras por el chorro de agua del guanaco, entre gases y lumazos, como un billete que se olvida en el pantalón y sale hecho pelusas de la lavadora. Esa cadena verde que rodea “La casa de Chile” es un campo minado que los separa a ellos de nosotros (25-26).

El contraste entre la materialidad del reclamo (papeles, cartas con pedidos de reconocimiento de existencia) y la de la respuesta oficial (camiones hidrantes y gases lacrimógenos) señala la asimetría planificada entre estos sujetos *otrificados* (Segato 28) y las dependencias gubernamentales responsables de garantizar derechos. Sin embargo, ese cordón uniforme que los separa de “La casa de Chile” y que los reduce a pedacitos de papel pasado por la lavadora, tendrá también su anverso cuando la toma se levante irregular, multiforme y hasta multiespecie ante los intentos de desalojo: piedras, palos, basureros y “todo lo que encontraban” son las herramientas de una resistencia en la que hasta “Los perros del pasaje también se tiraron a morder” (50).

¿Quiénes conforman la comunidad de la toma? ¿Es posible leer un asentamiento poblacional producido al calor de una crisis habitacional en términos de comunidad? Desde la lectura de Magda Sepúlveda Ériz la toma puede entenderse como una comunidad “quiltro”,⁷ chilenismo al que apela la crítica para reunir bajo esta nominación todo un conjunto de “subjetividades callejeras desacomodadas de la cultura nacional” (18) cuyas hablas disímiles, afirma la crítica, inauguran el pensamiento en torno a la ciudad en la poesía chilena. La hipótesis principal del ensayo de Sepúlveda Ériz sostiene que, tras la irrupción de la dictadura pinochetista y, con ella, la instauración de un modelo neoliberal, la comunidad (y, específicamente, la nación en tanto tal) está perdida.⁸ Ambientada en 1999, *Iluminación artificial* se enclava en el punto cúlmine de las políticas neoliberales inauguradas por la dictadura: diecisiete años en los que el régimen de Pinochet cimentará las bases de una estructura que terminará de devastar, en el gobierno de la transición iniciado en 1989, a los sectores populares. Con ellos, el poblador, aquel “actor social dinámico y potencia de cambio” (125) que Sepúlveda Ériz lee en la poética de Víctor Jara, se desdibuja erosionado y decrepito en este “peladero”,⁹ como lo llama el narrador, al que ha sido arrojado, casi vertido como un desecho de la lógica neoliberal. Pues la toma se erige, y no casualmente, en un vertedero de basura.

Arrojados, expulsados o vertidos, los sectores populares se vuelven el *ellos* de un *nosotros* que en la novela será graficado, como ya vimos, en el cordón verde uniforme que separa la manifestación por tendido eléctrico frente a (no casualmente) La casa de Chile; pero

⁷ En el inicio de su ensayo, Magda Sepúlveda Ériz ofrece una serie de definiciones sobre el término quiltro: “El *Diccionario de uso del español* de Chile define: ‘Quiltro, -a: (De origen mapuche). M y f. Perro que no es de raza’ (Academia chilena de la lengua: 2010). En 1875, el *Diccionario de chilenismos* de Rodríguez Zorobabel decía del vocablo, ‘Sírvenos para designar al perro pequeño, bullicioso i de mala raza’” (13).

⁸ El continuum dictadura-neoliberalismo es trazado por la crítica en tanto asevera, en cuanto a ambos términos, que su instauración supuso la pérdida de la comunidad. Primero, en su análisis de un poemario de Gonzalo Rojas de 1983, es decir, de “la era Pinochet” (62), dirá “[l]a comunidad está perdida, entonces Rojas vuelve a lo ancestral y reclama un toqui” (63). Luego, respecto de la obra de José Ángel Cuevas (producida entre 1994 y 2005), afirma: “En el nuevo sistema neoliberal la regla es el rompimiento de la comunidad” (127).

⁹ En su análisis de *Zona de peligro* (1985) del poeta Tomás Harris, Sepúlveda Ériz hace foco en la territorialidad del baldío en tanto metáfora del confín al que son expulsados todos aquellos a quienes la política higienista del discurso militar excluye del paisaje urbanístico: “Los personajes del peladero son los mendigos, prostitutas y travestis, vale decir, cuerpos rechazados y a la vez producidos por el sistema que los arroja a ese lugar. (...) Los pobladores del baldío son los quiltros creados por este poeta” (68).

también, en un uso flagrante de la ironía, en la bandera de Chile que flamea en lo alto de un caño de PVC que corona el ingreso de la toma. ¿Dónde ha quedado, para los pobladores de la toma, Chile, esa casa común que se llamó patria, país, nación? La nación en tanto comunidad, desintegrada tras los procesos sucesivos de dictadura e instauración del neoliberalismo, parece materializarse exclusivamente en las formas de violencia institucional dirigidas contra aquello que ya ha sido sacado afuera: la toma. Es decir que, de su disolución se constituye un nosotros casi solamente a los fines de sofocar esa amenaza virtual que se cifra en los expulsados: nada vincula mutuamente a quienes habitan la ciudad, salvo el temor y la reacción (homeostática, como se verá) ante esas formas de vida que acechan el borde, el más allá de la civilidad. Sin embargo, en este afuera de la ciudad, la experiencia misma de pérdida y/o expulsión de diversas formas de comunidades precedentes, configura una munidad compartida entre los habitantes de la toma que radica más en una falta o carencia que en un haber constituyente. Y el Estado nación, esa vieja rémora moderna que el neoliberalismo se afana en reducir a su mínima expresión, se reafirmará en el ejercicio del poder soberano de muerte ante esa amenaza, es decir, ante los más vulnerados de lo que supo ser la comunidad/nación.

“Otras formas de vida menos amenazantes”: la inmunidad

Es en ese afuera, precisamente, donde podrá entramarse una forma de comunidad que ya no radique en el dato común (llámese pertenencia común a una nación, un origen, una filiación o una consagración), sino en la común munidad, es decir, en eso que emerge en nuestro ser-en-común y al que se abocaron los pensamientos de Jean-Luc Nancy y Roberto Espósito (*Communitas*). Interpelados por la conflagración de la comunidad que significó el paso del nazismo, ambos filósofos retoman la etimología de *communitas* para dar cuenta de que en su acepción primera prevalece el *munus* por sobre el *com*, es decir, la mutualidad o reciprocidad del dar que determina entre el uno y el otro un compromiso y un juramento común. ¿Qué ‘cosa’ tienen en común los miembros de una comunidad? ¿Es una ‘cosa’/‘sustancia’? Espósito señala que los diccionarios antiguos nos advierten que *communis* es el “conjunto de personas a las que las une no una ‘propiedad’ sino, justamente un deber o una deuda. Conjunto de personas unidas no por un ‘más’ sino por un ‘menos’, un límite que se configura como un gravamen, o incluso una modalidad carencial para quien está ‘afectado’, a diferencia de aquel que está ‘exento’ o ‘eximido’” (29-30).¹⁰

Lo que reúne a los habitantes de la toma es, en primer lugar, un estado de carencia múltiple, eso a lo que Fermín Rodríguez llama “degradación acumulativa” (120) como producción primaria de la modernización neoliberal. Las filiaciones estructurales que supieron tener en la vida pre-toma, les han sido arrebatadas: el trabajo formal al padre del Lea, el origen mapuche a la mami, la protección familiar al narrador y al Gabito. Si la escuela confesional y la religión intentan suplir las carencias superpuestas del narrador y de su hermano, su intento sucumbe ante tanto desamparo desbordante, y su capacidad de comunalizar halla sus límites.¹¹ En la modernización neoliberal del Chile finisecular, estos personajes no lograron ajustarse a ninguna de las subjetividades que el nuevo régimen delinea. En palabras de Tomás Moulian:

¹⁰ Para un desarrollo más completo de estas nociones de comunidad en la escritura mapuche contemporánea, ver Libro, *Poesía mapuche*.

¹¹ Aquí es preciso advertir que el colegio confesional al que son incorporados, ya avanzado el ciclo lectivo, el narrador y su hermano, esgrime como principal escollo para la integración definitiva de estos dos sujetos a la comunidad educativa, precisamente, su no pertenencia a una comunidad primaria y ulterior: la religiosa. Instados reiteradamente a ser bautizados, ambos niños son puestos al borde de la expulsión, una vez más, por no cumplir con el sacramento que los incorporaría a esa común unidad en Dios.

Chile Actual proviene de la fertilidad de un “ménage à trois”, es la materialización de una cópula incesante entre militares, intelectuales neoliberales y empresarios nacionales y transnacionales. (...) Ese bloque de poder, esa tríada, realizó la revolución capitalista, construyó esta sociedad de mercados desregulados, de indiferencia política, de individuos competitivos realizados o bien compensados a través del placer de consumir o más bien de exhibirse consumiendo, de asalariados socializados en el disciplinamiento y la evasión. (18)

Los habitantes de la toma no son, así, ni individuos competitivos realizados, ni consumidores en exhibición, ni trabajadores asalariados disciplinados y dados a la evasión. Afuera de todas estas nuevas subjetividades modelizadas, se reúnen a partir de la superposición de carencias que los expulsó en ese más allá de la civilidad. La toma es, entonces, el lugar que vuelve patente ese “menos” que reúne “la existencia sin categoría de los que sobran” (Rodríguez 121).

En segundo lugar, estas subjetividades sobrantes harán comunidad en el afán por no ser vedados, incluso, de ese “peladero” al que se desfundaron. La violencia institucional que se presenta como telón de fondo de la novela, que encuentra su materialización más palmaria en los sucesivos intentos de desalojos y que no se repetirá sólo porque la catástrofe del fuego consumirá parte de la toma, hace que estos personajes depongan sus conflictos internos en pos de una resistencia tan rudimentaria como mancomunada.

Si la comunidad supone el compartimiento de una carga, esa mutualidad que nos reúne en una forma de ser-en-común que no es simplemente la suma de las individualidades, el fin de la comunidad que supone para Nancy y Espósito el paso del nazismo y que en América Latina se constata tras las simultáneas dictaduras cívico-militares y la posterior instauración del neoliberalismo, señala entonces su anverso: la inmunidad. En *Inmunitas. Protección y negación de la vida* (2009), Roberto Espósito establece con claridad esta oposición al afirmar que el sujeto inmune es “quien no cumple con ningún deber, ya sea estatal o societario (...) comunes a todos” (15). En este sentido, “la inmunitas (...) interrumpe el circuito social de la donación recíproca al que remite, en cambio, el significado más originario y comprometido de la *communitas*” (16).

En la novela hay una zona liminal en la que entran en fricción “las casas grandes” y la toma. Una fricción que tiene instancias episódicas de reacción, como emergentes de un malestar sostenido, y cuyo desborde de violencia representa una latencia constante.

A la gente de las casas grandes tampoco le gusta que vivamos acá. Se molestan por las cumbias y rancheras a todo chancho, por los olores. Prefieren que una laguna sintética ocupe este espacio en vez del potrero como han empezado a llamar a la toma. Preferirían injertar árboles y pasto, cavar un agujero enorme para esconder todo el plástico del vertedero que cambiarían por familias de patos, flamencos u otras formas de vida menos peligrosas (26).

Eso que constituye una amenaza a la vida está confinado, puesto en un extremo liminal que constituye una frontera entre lo interior y lo exterior, lo propio y lo extraño, la comunidad y su amenaza. Y es precisamente ese umbral el que posibilita el nosotros: la gente de las casas grandes se organiza, estructura su cuerpo comunal, en función y a partir de la toma. Como las fuerzas de seguridad de un Estado-nación reducido y desmembrado que se reintegra y agranda para resguardar, vía represión, a una ciudadanía a la que ya no pertenecen los del vertedero, el *nosotros* de las casas grandes sólo se consume en función de su resguardo.

Sin embargo, es preciso entender con Espósito que el principio inmunitario no se concibe como una dicotomía contrastiva respecto de la comunidad sino, en todo caso, como un anverso necesario que garantiza, con su presencia, la no autodestrucción de ella. Si “el

mecanismo de la inmunidad presupone la existencia del mal que debe enfrentar” (Espósito, *Inmunitas* 17) y, en su carácter de aporía estructural, la inmunización se basa en la inserción en dosis no letales, sutiles, de aquello que contradice a la comunidad, entonces no hay comunidad posible sin esa amenaza ante la que se reacciona y a la que, sutilmente, se incorpora. Pues, en suma, se la incluye excluyéndola.

Incluso quienes habitan la toma cifran en un confín ubicado en “la parte más oscura del vertedero” (27), más allá de la cancha, la amenaza que reafirma el nosotros. La mujer que mata a los perros a fierrazos y los arrastra metidos en un saco de papas hacia la oscuridad en la que habita junto “a otras calamidades” (27), de cuya existencia habla el Juan, otro vecino de la toma, constituye esa otredad siniestra, amenazante, ante la que se abroquelan los niños de la toma. El valor inmunitario radica en ese anverso intrínseco y constitutivo, cuyos alcances patógenos deben controlarse, pero no eliminarse, para que la comunidad se realice. Se trata, entonces, de lo que Espósito explica a través del principio de la homeopatía, en el cual el cuerpo [social] es concebido como “un sistema integrado de funciones en el cual incluso los elementos potencialmente destructivos pueden ser utilizados en términos productivos para reforzar el conjunto del que forman parte” (*Inmunitas* 180).

Entonces, la destrucción de la comunidad que tanto Nancy y Espósito en Europa como Sepúlveda Ériz (y otros) en América latina advirtieran tras el paso de los totalitarismos, no implica, ciertamente, el fin de toda comunidad posible. Señala, en todo caso, su realización a partir de la inclusión excluyente de una potencial amenaza que reintegra un *nosotros* posible a partir de su salvaguarda.

Un perro con sarna que muerde por hambre: neoliberalismo

Hay un episodio, aislado, separado como otros por un pequeño asterisco al centro de la página que indica cierre y transición a otra escena, en el que se cuenta que un perro de la toma ha mordido a un niño de las casas grandes. Allí se lee:

Un niño de las casas grandes fue mordido por un perro de la toma. El perro con manchas de tiña apenas se mantenía en pie. El papá del niño es un paco retirado. Tomó la pistola que llevaba en la parte de atrás del pantalón y le pegó siete balazos. Me consuela pensar que lo más probable es que su muerte fue corta. Se veía en sus costillas que el mordisco fue un último intento para saciar el hambre. No iba a resistir una noche más durmiendo a -4° bajo cero (84).

La escena sostiene el registro despojado y distante que el narrador, un niño de trece años para el que estos episodios deshumanizados se han vuelto cotidianos, mantiene a lo largo de toda la novela. Los perros son, en el espacio de la toma, una presencia constante y activa: anuncian el final de la noche, anticipan la llegada de un extraño, se unen a la resistencia ante los intentos de desalojo y, sobre todo, acusan presencia de vida en la oscuridad ensordinada de las noches de la toma. A su vez, son “un tema nacional” (88): esta supuesta invasión/infección ha llegado a instancias del gobierno, que “decretó una ley para eliminar a los perros callejeros” (88). La deriva del decreto es una campaña de ejecución de perros, a balazos, cuyos cuerpos en putrefacción van a parar a otro montículo del vertedero, cercano a la cancha, donde ya no se puede jugar por el hedor de esos cadáveres ahí arrumados. Y, consecuencia ulterior, los vecinos de las casas grandes cifran en la acumulación de cuerpos pudriéndose un nuevo pretexto para desalojar la toma y crear en su lugar el Parque Nuevo Milenio.

¿Qué fantasía de ejercicio del poder soberano enmascara esta limpieza canina? ¿Acaso una primera aproximación, metonímica, a la limpieza racial, étnica y de clase? Un perro con tiña que muerde a un niño por hambre: es posible proyectar esa escena con otras variantes,

intercambiando, como en un juego gramatical, sujetos, verbos y objetos: perro, pibechorro, malviviente, muerde, roba, asalta, a un niño, a una mujer, a un vecino. La amenaza del perro y la reacción homeostática del policía retirado es una representación perfectamente ilustrativa, aleccionadora, de ese deseo de “solución final” que guarda la Nación respecto de sus otros internos.

Es preciso volver aquí, entonces, al personaje de la mami y su descomposición lenta, pero sin pausa, a lo largo de la obra. A medida que la narración promedia, la mami va dejando de ser un personaje de acciones deliberadas para ir volviéndose, cada vez más, un cuerpo del que sólo llegan síntomas y frases sueltas. Primero la mezcla de tos con flema y, todavía, el tarareo de las canciones de siempre. Luego, las quejas por los dolores incesantes, la espera de “los exámenes que la Andrea le acompañó a hacerse” (69). Por último, las piernas ulceradas, con muñones azulados que se vuelven, ante los ojos del narrador, como una boca llena de dientes a punto de morderlo cada vez que limpia esas heridas. “Me pican los huesos –dice la mami desde su cama y jamás he entendido cómo eso puede ser posible” (91).

En este personaje es posible leer el pasaje del poder soberano al biopolítico: esa transición que Michel Foucault (*Historia de la sexualidad, Defender la sociedad*) data entre los siglos XVII y XVIII y que consistiría en la transformación de un poder disciplinador que ejerce el derecho de espada, es decir, un poder que hace morir y deja vivir, a un poder biopolítico que hace vivir y deja morir. La mami pertenece a esa población mapuche reducida que, en busca de la supervivencia, se reterritorializó en la ciudad. Vedados de la comunidad originaria, el *lof*, como de la cultura y la sabiduría ancestral –subjetividades partidas entre un ser/saber retaceados: saber que los sueños sanan, pero no saber interpretarlos; saber que las plantas curan, pero no saber usarlas–, estos mapurbes o mapuche pos-tierra, como los llamará el poeta David Aníñir, transitan la ciudad en pos de “un lugar donde caer muerta” (26), como bromea la mami. No conforman, sin embargo, esa población-especie objeto de la administración de la vida del biopoder. Aquí es donde el racismo se vuelve mecanismo fundamental del Estado biopolítico en aras de la defensa y posibilidad de continuidad de la vida de sus ciudadanos. Afirma Foucault:

Las guerras ya no se hacen en nombre del soberano al que hay que defender, se hacen en nombre de la existencia de todos; se educa a poblaciones enteras para que se maten mutuamente en nombre de la necesidad que tienen de vivir. (...) Si el genocidio es por cierto el sueño de los poderes modernos, ello no se debe a un retorno, hoy, del viejo derecho a matar; se debe a que el poder reside y ejerce en el nivel de la vida, de la especie, de la raza y de los fenómenos masivos de población (*Historia de la sexualidad I* 165-166).

Los procesos paralelos de Pacificación de la Araucanía y Conquista del Desierto que ocuparon el último cuarto del siglo XIX, fueron las instancias de mayor intensidad de un genocidio¹² dirigido al pueblo mapuche que no ha cesado desde entonces hasta nuestros días. Sin embargo, y esta afirmación no va en detrimento de lo antedicho, el proceso biopolítico de hacer vivir que administra, regula, refuerza e intensifica la vida implica, también, este dejar morir lentamente, sin derechos garantizados por el Estado para impedir que suceda. La mami muere, finalmente, intoxicada por los gases del incendio que el cable de un alargador provocó en su dormitorio la noche de año nuevo y que se extendió por más de una decena de casas. En la fantasía y en el deseo del narrador, la muerte fue provocada por los gases y no por el fuego: el temor al fuego, esa luz total que abraza y abrasa y que lo retrotrae al olor a cuero quemado producido por el

¹² Para un desarrollo de la noción de genocidio en relación al pueblo mapuche, ver Lenton *et al Archivos y memorias*.

cortocircuito que sufrió el Danilo, debe obturarse con un informe forense que señale muerte por asfixia. La luz llegó a la toma en forma de fuego, precisamente porque nunca llegó de manera correcta, legal, a través del cableado urbanístico. Y el fuego, en tanto luz que ciega, reguló una vez más los regímenes de visibilidad que el neoliberalismo impone.

Nelly Richard conceptualiza esta gramática de visibilidad/invisibilidad dispuestas por el Estado biopolítico al analizar una intervención del Colectivo artístico Londres 38, producida en el Día Internacional del Detenido Desaparecido en el año 2011, que consistió en la instalación en gigantografía, a lo largo de la Alameda, de una fotografía de José Huenante, joven de 16 años detenido por Carabineros de Chile en septiembre de 2005 y, desde entonces, desaparecido. En un momento, Richard acota:

El abogado de la familia Huenante, Luis Correa Bluas, se pregunta: ‘¿Cuándo desapareció José Huenante? La madrugada del 3 de septiembre de 2005 por agentes policiales del Estado de Chile. ¿Cuándo dejó de ser visible para ese mismo Estado? Probablemente desde que nació (146).

La mami, como José Huenante y tantos otros y otras desterritorializados y condenados a engrosar los márgenes suburbanos de la ciudad neoliberal, se apaga, se extingue junto a un fuego que funcionó, quizás, como los siete balazos del paco retirado contra el perro con tiña: el final de una agonía que ya no resistiría otro invierno con hambre.

Otras señales de vida: luces en el cielo y la vida extraterrestre como punto de fuga

“El milenio acaba. Es 1999, tengo trece años y mis amigos hablan de la llegada del fin del mundo” (10). La televisión se ha llenado de “charlatanes” (10) que mezclan avistamientos ovnis con vírgenes aparecidas en Portugal, noticias viejas sobre una secta que “cometió un suicidio masivo a la espera de un cometa que los llevaría a un planeta de luz, las puertas del cielo, algo así” (43), meteoritos rumbo a estrellarse contra la tierra y eras glaciares a punto de congelarlo todo. Lo curioso es que, ante la mirada del narrador y de cualquiera de nosotros, todas las versiones son verosímiles: la cuenta regresiva que recibió el año 2000, mezclando expectativa y temor (por entonces, en Argentina, como en muchos países del mundo, se hablaba del “efecto Y2K”, asociado al colapso de las máquinas y al caos subsiguiente) incluía una versión apocalíptica del inicio del nuevo milenio. Y algo de esto queda flotando en una escena de la novela, que el narrador se encarga de no explicar: los tres puntos avanzando “sobre el cielo colorado parpadeando lucecitas en patrones diferentes” (62) a la hora de tomar once,¹³ cuando volvían de hacer compras con la mami y que los tres miraron, tras la advertencia del Gabito, sin decirse nada, sustrae el discurso de vida extraterrestre de la sola especulación mediática, para recolocararlo en un horizonte de posibles allí donde lo que ya no es posible es la vida en la tierra.

El Lea es el amigo obsesionado con la presencia extraterrestre. Guarda como tesoros de un tiempo mejor, pero también como secreto teórico que –como el tesoro– lo vuelve más digno, unos VHS polvorientos que trajo de la casa de sus tíos, donde vivió junto a su familia “hasta que éstos ya no aguantaron las borracheras de su papá” (54). El Lea intenta descifrar señales, saca cuentas, suma coordenadas y ata cabos de una posible revelación que está constantemente por sobrevenirle. Incluso en la aventura hacia la cueva de la vieja de los perros, el último en volver del episodio terrorífico en el que, en plena oscuridad, los perros de la vieja se comieron

¹³ Tomar once refiere a la ingesta que se hace en Chile entre la tarde y el anochecer, en la que se conjuga merienda y cena. “Once” alude a las once letras de la palabra “aguardiente”, bebida con la que tradicionalmente los trabajadores coronaban la jornada laboral.

al Rusio, el gato con cola chueca, fue el Lea: encandilado por los chispazos de luz que volvía a la toma (“mientras los postes se encendían y apagaban y algunas ampolletas reventaban por el exceso de voltaje”, 73), él aguarda, paciente y deslumbrado, que lo sobrenatural lo alcance. De hecho, cuando la tía Solange, madre del Lea, los lleva de acompañantes a la feria donde vende sus utensilios plásticos, el narrador y el Lea acceden a dos de todos los premios/obsequios que se ofrecen en la feria: el Power Ranger rojo “y una revista *Más allá*, que pone en letras grandes en su portada: Avistamiento Ovni” (35).

La obsesión tiene el carácter del juego, esa manera perfecta que conoce la infancia de sublimar lo que en la realidad no encuentra lenguaje.¹⁴ Al igual que el juego de las piedras, que consistía en “tomar camotes y lanzarlos contra las piedras grandes que sacaron del suelo después de hacer el desagüe” (41): mientras las tiran, el narrador se imagina que es Gokú peleando contra Vegeta, la pelea épica de Dragon Ball Z; pero el Lea “piensa en otra cosa, tal vez en su papá” (42), ese que sólo le hablaba cuando estaba borracho y al que “el Lea sólo le sonreía o le decía que lo dejara tranquilo. ‘Ya, papi, váyase pa afuera’. Nunca pudo ignorarlo, porque siempre después de estos intentos de diálogo, pasaba de la risa al llanto” (98). Es decir, la obsesión, como el juego, es una forma de estar afuera, de salirse de esa vida y entrar en otra, donde las aventuras son todavía posibles, donde la niñez todavía tiene lugar. La fantasía en que seres de otras galaxias vendrán a buscar a los buenos, a los que supieron advertir sus señales, y los salvarán de esta vida irredenta.¹⁵

El Lea juega y escapa, busca incansablemente ese punto de fuga que sólo logró cifrar afuera de todo, en lo extraterrestre. ¿Qué busca? Salvarse, en lo desconocido, en lo radicalmente extraño; en eso que es todavía pura duda y, por tanto, guarda la posibilidad de lo bueno.

A modo de cierre

“La oscuridad es otra forma de fin del mundo” (89), advierte el narrador de *Iluminación artificial*. Para la mami y el papá del Leandro, los dos personajes alcanzados por el fuego, a la luz total del incendio le siguió la oscuridad plena, el fin de sus días. Para el narrador y el Gabito, la pérdida de la mami, extinguida por las llamas en el fondo de una pieza de una toma suburbana, representa, finalmente, la orfandad definitiva, la intemperie más absoluta. Dos niños que ingresan al “nuevo milenio” sin familia, sin escuela, sin Estado, sin casa, sin tiempo futuro promisorio: arrojados a un afuera que consiste en un puro sobrevivir, a la espera silenciosa de una abducción extraterrestre que los redima, recorren la tierra con las heridas abiertas de la vulnerabilidad infligida. “De hecho, la vida digna de ser vivida tiene que ser algo más que un mero sobrevivir”, advierte Fermín Rodríguez (47). Pero, para ellos, eso es todo lo que queda en el tintero en “esta versión apocalíptica de nuestras vidas” (103), como concluirá el narrador. Residuos de un régimen neoliberal expresado a sus anchas en el Chile finisecular en el que se ambienta la obra, su única vía de salvación será comunalizar con otros igualmente expulsados, reconociendo en las heridas esa común munidad que señale la potencia de una agencia que los devuelva a la vida.

¹⁴ Para una referencia sobre la capacidad de sublimar a través del juego, ver Andrea E. Mirc y Roxana E. Gaudio, “La sublimación”. Allí, desde un marco teórico psicoanalítico, las autoras postulan: “...el jugar encierra en sí mismo procesos de simbolización de la psique y, por ende, modos defensivos en la infancia ligados al cumplimiento de deseo y rectificación de la insatisfactoria realidad (Freud, [1908] 1988). Abordar una indagación sobre la sublimación, el juego y los procesos de simbolización supone considerar los modos defensivos en la infancia y los modos de organización del psiquismo vinculados a la apropiación, el dominio y la elaboración de un campo social que involucra el deseo de nuevos conocimientos y la salida a la lógica compartida.” (314)

¹⁵ Resulta interesante recuperar aquí la doble acepción que ofrece, sobre el término “irredento”, el Diccionario de la Real Academia Española: 1. adj. Dicho especialmente del territorio que una nación pretende anexionarse por razones históricas, de lengua, raza, etc.2. Que permanece sin redimir.

A lo largo de este trabajo realizamos una lectura de la novela de Cristófer Vargas Cayul desde una línea de lectura que repasa en esta comunidad del afuera que se conforma en la obra a partir de las múltiples expulsiones de las que son objeto sus personajes. Sin comunidades originales que amparen, sean estas étnicas, de clase o de nación, los habitantes de la zona constituyen ese resto expulsado que necesariamente debe excluirse para que se conforme el adentro de la comunidad primordial. Signados por la precariedad inducida que el régimen neoliberal pos dictatorial impuso en Chile y que llevó, en palabras de Sepúlveda Ériz, al fin de la comunidad nacional, se vuelven blanco de un Estado represivo que es, en última instancia, la única cara visible de éste allí donde el Estado de bienestar se ha retirado del todo. Con todo, estas subjetividades expulsadas, excluidas (entre otros adjetivos que inician con el prefijo *ex*, afuera) se agrupan en torno a una resistencia que no tiene un fin ulterior más allá de prolongar la vida.

Obras citadas

- Aniñir, David. *Mapurbe, venganza a raíz*. Santiago, Pehuén Editora, 2009.
- Butler, Judith. *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. Traducido por Bernardo Moreno Carrillo, México DF, Paidós, 2010.
- Coñuecar, Ivoone. *Coyhaiqueer*. Coyhaique, Ediciones Ñire Negro, 2018.
- Espósito, Roberto. *Communitas. Origen y destino de la comunidad*. Madrid, Amorrortus, 2003.
- Espósito, Roberto. *Inmunitas. Protección y negación de la vida*. Madrid, Amorrortus, 2009
- Foucault, Michel. *Defender la sociedad. Curso del Collège de France (1975-1976)*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, [1976] 2000.
- Foucault, Michel. *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*. Buenos Aires, Siglo XXI, [1976] 2011.
- Golluscio, Lucía. *El Pueblo Mapuche: poéticas de pertenencia y devenir*. Buenos Aires, Biblos, 2006.
- Huenún, Jaime. *Puerto Trakl*. Santiago, LOM Ediciones, 2001.
- Huenún, Jaime. *Reducciones*. Santiago, LOM Ediciones, 2012.
- Lenton, Diana et al. *Archivos y memorias del genocidio del Estado argentino sobre los pueblos originarios, 1870-1950*. Viedma, Editorial UNRN, 2018.
- Libro, María Fernanda. “Comunidades *desenclaustradas* en cuatro poetas mapuche: Adriana Paredes Pinda, Jaime Huenún, David Aniñir y Roxana Miranda Rupailaf”. *Chuy. Revista de estudios literarios latinoamericanos*, n° 6, julio de 2019, pp 168-200.
- Libro, María Fernanda. “Epew, xampurria y kawin en la narrativa de Graciela Huinao y Javier Milanca Olivares”. *Literatura: teoría, historia, crítica*, vol. 24, n° 2, 2022, pp. 237-265.
- Libro, María Fernanda. *Poesía mapuche contemporánea: identidad, comunidad y cuerpo*. Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 2021.
- Milanca Olivares, Javier. *Xampurria. Somos del lof de los que no tienen lof*. Santiago, Pehuén Editora, 2015.
- Mirc, Andrea y Roxana Gaudio. “La sublimación y el jugar. Acercamiento teórico a los procesos de simbolización en niños y adolescentes”. *Temas en Psicología*, vol. 3, 2016.
- Moulian, Tomás. *Chile Actual. Anatomía de un mito*. Santiago, LOM-Arcis, 1997.
- Nancy, Jean Luc. *La comunidad inoperante*. Santiago, Escuela de Filosofía de la Universidad de ARCIS, 2000.
- Richard, Nelly. *Latencias y sobresaltos de la memoria inconclusa (Chile: 1990-2015)*. Villa María, Editorial Eduvim, 2019.
- Rodríguez, Fermín. *Señales de vida: literatura y neoliberalismo*. Villa María, Editorial Eduvim, 2022.

- Segato, Rita Laura. *La Nación y sus Otros. Raza, etnicidad y diversidad religiosa en tiempos de Políticas de la Identidad*. Buenos Aires, Prometeo, 2007.
- Sepúlveda Ériz, Magda. *Ciudad Quiltra: Poesía chilena (1973-2013)*. Santiago, Editorial Cuarto Propio, 2013.
- Vargas Cayul, Cristófer. *Iluminación artificial*. Santiago, Provincianos Editores, 2021.